

Si los estepicursores tuvieran sentidos

Un estepicursor abandonó una mañana la viña descuidada en la que había crecido y fructificado. Lo hizo al alba, como los héroes de las grandes historias, aunque ésta no sea una de ellas ni la planta pretendiera emular a Ulises u homenajear a Aute. Sencillamente, se dejó arrastrar por un débil viento noroeste que traía consigo el frío de zonas menos áridas.

Si las bolas del oeste tuviesen el sentido del oído, nuestra viajera habría escuchado el bravo canto de un gallo persuadiendo a la noche para que se retirase y, a lo lejos, el ladrido quejumbroso de un perro desvelado. No obstante, de haberlo tenido, no habría podido apreciar el sonido del metal al edificarse el nómada mercado, ya que era jueves y no miércoles, ni las señales de la franja horaria que emitiese un viejo despertador, porque los pocos jubilados que se estaban incorporando para acometer sus respectivas labores agrícolas ya no precisaban de ellos. Con tal imponente mutismo podría haber oído el leve tintineo de sus diásporas al posarse en el asfalto agrietado.

Si los apretaculos disfrutasen del sentido del tacto, nuestro amigo habría apreciado el frescor de la acera sobre la que rodaba en aquel momento, lentamente, calle abajo. Habría palpado la suciedad de la losa y juzgado a la buena de doña Antonia, pulcritud personificada, cuya vejez le impedía ver impoluta su baldosa a diario, un regalo que sólo se le ofrecía ciertos domingos y festivos, cuando sus hijos venían a visitarla. Aunque gozase del tacto, no habría podido captar el calor emanando de las paredes que acariciaba, debido a la incompetencia del nuevo butanero y el racionamiento de los acopios de leña propios del final del invierno.

Si los malvecinos pudiesen ver, nuestro errante habría observado el rostro adusto de Rafaela al subir la persiana que la separaba de la puerta del bar, ese que ya no sabía por qué abría, pues en el mejor de los casos vendía siete cafés y tres almuerzos antes de mediodía, pero que no podía dejar de abrir, tal vez por costumbre, acaso por inercia y seguramente por miedo a morirle cuando lo hiciera. También habría visto entrar al Cabezahierro y, desde el cristal que la separaba del local, el ademán hacia la cafetera con el que siempre pedía un carajillo, antes de unir y separar todas las yemas de sus

dedos repetidamente frente a la tabernera. Si además oyese, habría escuchado que la plaza del pueblo vecino -mucho más grande, con consultorio médico, transporte directo y frecuente con la ciudad e instituto propio- estaba la noche de antes “*abarrotá*” a pesar del frío. Un rato después hubiera podido contemplar a varios ancianos embozados en bufandas y gorros de lana, pero no a niños correteando de camino a la escuela, pues los pocos que había eran llevados en coche en días como aquel, ni a madres empujando carritos de bebé, porque de esas ya no quedaban allí.

Si los rodamundos vivieran cien años y fueran capaces de oír, ver y sentir, nuestro compañero de aventuras recordaría con nostalgia grandes corros en las puertas de los hogares en las cálidas noches de verano, el ir y venir de bicicletas por los callejones, vestidos blancos de organdí y trajes de marinero en la procesión del Corpus Christi, largas filas de remolques a la espera de su turno en la báscula en un pueblo en el que, en los tiempos de esta historia, apenas quedaban almendros y viñedos. Quizás, como doña Antonia, Rafaela y el Cabezahierro, sentiría miedo al desamparo de los suyos y a la condena que pesaba sobre el lugar que tanto amaba.

Si las corredoras del desierto tuvieran, además, conciencia, nuestra peregrina, probablemente, habría pasado esa mañana discurriendo sobre la situación del pueblo, rumiando, aún sin haber leído filosofía, en torno al eterno dilema del huevo y la gallina. Sin embargo, también es posible que, como muchos seres humanos, ni siquiera se parase a pensar en ello y siguiera rodando y rodando sin preocupaciones, sin rumbo fijo, a merced del viento.

Si los estepicursores tuvieran sentidos, el protagonista de este relato habría visto como un pastor se le acercaba; habría notado como lo agarraba de las raíces que hace un instante -parecía una eternidad- lo habían atado a la tierra; y habría sentido un dolor atroz al arder bajo sarmientos y leña. Tampoco habría podido oír el silencio que acompañó a su fin.

Sephiroth